

pues de haber intentado inútilmente multiplicarlos como á los demas animales domésticos, han tomado por último el partido de separar los machos de las hembras, á fin de hacer menos frecuentes los accesos de un calor estéril acompañado de furor; de suerte, que no hay ningun elefante doméstico que no haya sido antes silvestre. El modo de cogerlos (1), domar-

(1) Fui á ver la gran caza de los elefantes, que se hace del modo siguiente. El Rey hace llevar al campo gran número de hembras, y cuando han estado muchos dias en los bosques, y avisan que se han encontrado elefantes, envia treinta ó cuarenta mil hombres, que hacen un gran cerco en el paraje en que están los elefantes; se colocan de cuatro en cuatro, á distancia unos de otros de veinte ó veinte y cinco pies, y en cada campamento se enciende una hoguera, elevada de tierra como unos tres ó cuatro pies. Hacen otro cerco con los elefantes de guerra, distantes unos de otros ciento ó ciento cincuenta pasos, y en los parajes en que los elefantes podrian salir mas fácilmente, se colocan mas juntos los elefantes de guerra. En varios parajes hay cañones que disparan cuando los elefantes silvestres quieren forzar el paso, porque temen mucho el fuego: todos los dias se acorta este cerco, el cual viene á quedar al fin muy reducido, y los fuegos no están mas que cinco ó seis pasos distantes unos de otros. Como los elefantes

los y sujetarlos, merece particular atencion. En medio de las selvas, y en lugar cercano al que ellos frecuentan, se escoge un espacio que se rodea con una fuerte estacada, y sirven de estacas principales los árboles mas gruesos, contra los cuales se aseguran los travesaños de madera que sostienen las demas. Esta estacada está

oyen ruido al rededor de sí, no se atreven á huir, aunque no dejan de escaparse algunos, pues me aseguraron que algunos dias antes se habian escapado diez. Cuando los quieren prender, los obligan á entrar en una plaza rodeada de estacadas, donde hay algunos árboles, por cuyos intervalos puede pasar fácilmente un hombre. Hay otro cerco de elefantes de guerra y de soldados, en el cual, montados en elefantes, entran hombres muy diestros en echar guindaletas á las piernas traseras de aquellos animales: cogidos de esta suerte, son puestos entre dos elefantes mansos, llevando otro detrás para obligarle á andar al prisionero, que se ve precisado á marchar; y cuando quiere roncear, los otros le dan golpes con las trompas; y de esta suerte los conducen á un establo, donde los amarran del mismo modo que al precedente. Yo ví coger diez, y me dijeron que habia ciento y cuarenta en aquel recinto. El Rey estaba presente, y daba las órdenes para todo lo que era necesario. *Relacion de la embajada del caballero Chaumont á la corte del Rey de Siam.* Paris, 1686, pág. 91 y sig.

hecha de suerte que un hombre puede pasar con facilidad por entre los claros, y se deja en ella asimismo una grande abertura por la cual el elefante pueda entrar; y esta valla está supe- rada además de una trampa, ó recibe una compuerta que cierran detrás de él. Para atraerle hasta este recinto, es preciso ir á buscarle, lle- vando al bosque una hembra en calor y mansa, y cuando se cree que está á distancia de ser oída, su conductor la obliga á dar el grito de amor; el macho silvestre responde al instante y va á encontrarla; sigue andando la hembra, y se le hace repetir de cuando en cuando el re- clamo, hasta que llega la primera al cercado, adonde el macho que la sigue por el rastro en- tra por la misma puerta. Luego que se ve encer- rado se le desvanece el ardor, y cuando ve á los cazadores se enfurece; le echan guindaletas para detenerle; le ponen trabas á los pies y á la trompa; traen dos ó tres elefantes domesti- cados, y conducidos por hombres diestros; pro- curan atarlos con el elefante silvestre; y por último, empleando oportunamente la maña y la fuerza, el tormento y las caricias, consiguen domesticarle en pocos dias. No me detendré acerca de esto en mas pormenores y solo me contentaré con citar los viajeros que han sido testigos oculares de la caza de los elefantes, la

cual es diferente segun los diferentes países (1), y segun el poder y las facultades de aquellos que les hacen la guerra; porque en vez de cons- truir, como los reyes de Siam, murallas y ter- raplenes, ó de hacer empalizadas, parques ó

(1) A un cuarto de legua de Louvo hay una espe- cie de anfiteatro, de figura de un gran rectángulo, rodeado de altas murallas con terraplenes, en los cuales se colocan los espectadores. A lo largo de es- tas murallas y por lo interior hay una empalizada de gruesos pilares clavados en el suelo á dos pies uno de otro, detrás de los cuales los cazadores se retiran cuando son perseguidos por los elefantes irritados. Han hecho una grande abertura hácia el campo, y en el frente de ella por la parte de la ciudad otra mas pequeña que va á una calle estrecha. por donde un elefante apenas puede pasar, y esta calle termina en una especie de corralon donde le acaban de domar.

Quando llega el dia destinado para esta caza, los cazadores entran en el bosque montados en elefan- tas habituados á este ejercicio, y se cubren con ho- jas de árboles para no ser vistos de los elefantes sil- vestres. Emboscados bastante en la selva, cuando juzgan que puede haber algun elefante en las cerca- nías, hacen que las hembras dén ciertos gritos pro- pios para atraer á los machos, los cuales responden inmediatamente con berridos espantosos. Entoncec los cazadores, conociendo que están á proporciona- da distancia, dan la vuelta, y conducen poco á poco

vastos recintos, los pobres Negros se contentan con las trampas mas sencillas, abriendo hoyas bastante profundas en los lugares por donde pasan los elefantes, á fin de que no puedan salir una vez que han caido.

las hembras hácia el anfiteatro de que acabamos de hablar. Los elefantes silvestres no dejan nunca de seguirlas: el que nosotros vimos domar entró en ellas, y cuando hubo entrado cerraron la barrera; las hembras continuaron su camino por medio del anfiteatro, y se metieron unas tras otras por la calle estrecha que estaba al otro extremo. Habiéndose detenido á la entrada del desfiladero el elefante silvestre que las habia seguido hasta allí, usaron de todo género de medios para obligarle á entrar, hicieron gritar á las hembras que estaban al otro lado de la calle, irritándole algunos Siameses con palmadas, y gritando muchas veces *pat, pat*: otros con varas largas armadas de puntas le picaban, y cuando los perseguia, se metian por entre los pilares, é iban á esconderse detrás de la empalizada, que el elefante no podia romper. Por último, despues de haber perseguido á varios cazadores, se fijó en uno solo con estremo furor: el hombre se metió por la calle; el elefante corrió tras él, pero luego que entró se halló cogido, porque habiéndose puesto en salvo el hombre, dejaron caer dos compuertas á propósito una delante y otra detrás, de suerte que no pudiendo ir adelante, ni retroceder, ni volverse, hizo esfuerzos

El elefante una vez domado, se hace el mas manso y obediente de todos los animales; se aficiona al que le cuida, le acaricia y parece que adivina todo lo que puede agradarle; en poco tiempo llega á comprender los signos, y aun á

asombrosos y dió gritos terribles. Se procuró amansarle, echándole cubos de agua sobre el cuerpo, frotándole con hojas, y echándole aceite en las orejas; y en fin, hicieron venir cerca de él elefantes domesticados machos y hembras, que le acariciaban con sus trompas. Sin embargo, le ataban cuerdas por debajo del vientre y á los pies traseros para sacarle de allí; y continuaban echándole agua sobre la trompa y sobre el cuerpo para refrescarle. Ultimamente le arrimaron un elefante manso de los que están acostumbrados á instruir á los recién presos: un oficial estaba montado en él, y le hacia andar hácia adelante y hácia atrás, para mostrar al elefante silvestre que nada habia que temer y que podia salir: en efecto, se le abrió la puerta, y siguió al otro hasta el extremo de la calle. Cuando llegó allí, pusieron á sus lados dos elefantes, los cuales juntaron con él; otro marchaba delante, y le llevaba asido de una cuerda por donde le queria conducir, al mismo tiempo que otro le hacia andar á fuerza de grandes cabezadas que le daba por detrás hasta llegar á una especie de picadero, donde le ataron á un grueso pilar hecho de intento, que da vueltas como un cabestante. Allí le dejaron hasta el otro dia para que se

entender la espresion de los sonidos; y distingue el modo imperativo, el de la cólera ó de la satisfaccion, y obra en consecuencia. No se enaña en lo que quiere decirle su amo; recibe sus órdenes con atencion; las ejecuta con pru-

le pasase la cólera; pero mientras él se daba grima al rededor de aquella coluna, un bracman, esto es, uno de aquellos sacerdotes indianos de que hay en Siam gran número, se acercó vestido de blanco montado en un elefante y dando vueltas despacio al rededor del que estaba atado; le roció con una especie de agua consagrada á su modo, la cual llevaba en un vaso de oro, pues creen que esta ceremonia hace perder al elefante su ferocidad natural y le habilita para servir al rey. Desde el dia siguiente empezó á andar con los otros, y al cabo de quince dias estuvo enteramente amansado. *Primer viaje del P. Tachard, pág. 298 y sig.*

Apenas nos habíamos desmontado de los caballos y montado en elefantes que estaban preparados, se presentó el Rey seguido de gran número de mandarines montados en elefantes de guerra. Siguieron y se metieron en el bosque cerca de una legua hasta el cercado en que estaban los elefantes silvestres. Este era un parque apartado de trescientos á cuatrocientos pasos geométricos, cuyos lados estaban cerrados con gruesas estacas, pero sin embargo habian dejado á trechos grandes aberturas. En él habia catorce elefantes de varias magnitudes. Luego que lle-

encia, con esmero y sin precipitacion, porque sus movimientos son siempre mesurados, y su carácter parece que participa de la gravedad de su mole. Aprende fácilmente á doblar las rodillas, á fin de que le monten con mas facilidad;

garon hicieron un cerco de casi cien elefantes de guerra, que colocaron al rededor del parque á fin de impedir á los silvestres forzar la empalizada. Nosotros estábamos detrás de esta fila y muy cerca del Rey. Metieron en el recinto del parque una docena de elefantes mansos de los mas fuertes, en cada uno de los cuales iban montados dos hombres provistos de cuerdas gruesas con lazos corredizos, cuyos extremos estaban atados á los animales en que iban montados. Desde luego corrian tras el elefante que querian coger, el cual viéndose perseguido se encaminó á la barrera para forzarla y huirse; pero estaba todo cercado de elefantes de guerra, los cuales le rechazaban hácia el recinto, y como huía por aquel espacio, los cazadores que estaban montados en elefantes mansos, le tiraban las guindaletas tan á propósito á los parajes donde estos animales iban á poner los pies, que nunca dejaban de enlazarlos: en efecto, todos fueron cogidos en una hora. Despues ataron cada uno de los elefantes silvestres y les pusieron á los lados dos mansos, con los cuales debian dejarlos por quince dias á fin de amansarlos por su medio. *Idem, pág. 340.*

Pocos dias despues tuvimos la diversion de la caza

acaricia á sus amigos con la trompa; saluda con ella á las personas que le indican; se sirve de la misma para levantar fardos, y se ayuda á sí mismo para cargarse; y se deja vestir complaciéndose al parecer en verse cubierto de jaeces

de elefantes, en que los Siameses son muy diestros y tienen muchos modos de coger estos animales. El mas fácil de todos, y no el menos divertido, es el de las elefantas. Cuando hay alguna en calor, la conducen á los bosques de Luvo; el pastor que la conduce, va montado en ella, y se cubre con hojas para no ser visto de los elefantes silvestres. Los gritos que da la hembra mansa á cierta señal del pastor, atraen á los elefantes de las cercanías que la oyen, y van al instante en su seguimiento. Luego que el pastor oye estos gritos reciprocos, vuelve á tomar el camino de Luvo, y se dirige á pasos lentos con toda su comitiva, que no deja de seguirle, á un recinto de gruesas estacas hechas de intento á un cuarto de legua de Luvo y bastante cercano de la selva. De este modo habian juntado una gran manada de elefantes, entre los cuales no habia mas que uno grande y bastante difícil de coger y domar... El pastor que conducia la hembra salió de la empalizada por un paso estrecho á modo de callejon, del ancho de un elefante, á cuyos dos extremos habia dos compuertas que se bajaban y levantaban fácilmente. Todos los elefantes pequeños siguieron unos tras otros las huellas de la hembra; pero aquel paso

dorados y de ropas brillantes. Se le unce y ata con tirantes á los carros, carretas, barcos y

tan estrecho espantó al grande elefante silvestre, del que se retiró siempre. Volvieron á sacar la hembra varias veces, y él la seguia hasta la puerta, pero nunca quiso pasar adelante, como si hubiese tenido algun presentimiento de la pérdida de su libertad. Entonces varios Siameses que estaban en el parque se acercaron para hacerle entrar por fuerza, y le acometieron con picas largas con cuyas puntas le daban grandes golpes. El elefante irritado los seguia con mucho furor y velocidad; y seguramente ninguno de ellos se le hubiera escapado si no se hubiesen retirado prontamente detrás de los pilares que formaban la empalizada, contra los cuales la bestia irritada rompió tres ó cuatro veces sus grandes colmillos. En el calor de la persecucion, uno de los que le acosaban con mas viveza y que era seguido por el elefante tambien con mas ardor, se fue á meter huyendo entre las dos puertas, adonde el elefante corrió para matarle; pero luego que entró el siamés, se escapó por un pequeño espacio que habia entre dos pilares, y dejadas caer á un tiempo las dos compuertas, se halló el animal cogido y preso, por mas esfuerzos que hizo. Para apaciguarle le echaron cubos de agua; al mismo tiempo le ataron cuerdas á las piernas y al cuello; y algun tiempo despues, estando ya bien fatigado, le hicieron salir por medio de dos elefantes mansos, que tiraban de él por de-

cabrestantes; tira con igualdad, seguidamente y sin desalentarse, con tal que no le insulten con

lante con cuerdas, y por otros dos que le empujaban por detrás hasta que le ataron á un pilar grueso al rededor del cual solamente podia dar vueltas. Al cabo de una hora quedó tan tratable, que un siamés montó en él, y al dia siguiente le desataron para llevarle al establo con los demas. *Segundo viaje del P. Tachard*, pág. 352 y 353.

Aunque este animal es grande y feroz, los cazadores de Etiopia toman muchos de ellos de esta manera. En los bosques espesos donde saben que el elefante va á reposar de noche, hacen entre los árboles un cercado de fuertes y espesas ramas, y dejando á una parte un poco de intervalo vacío, donde queda una puerta tendida en el suelo asida con cuerda, cuando el elefante ha entrado en el cercado, tiran de ella desde un árbol, y alzando la puerta queda acorralado y preso: luego bajan los hombres que están sobre los árboles, y con saetas le matan; mas si por caso escapa del cercado, á todos cuantos hombres encuentra mata. Mármol, *Descripcion general de Africa*. Granada, 1573, tom. 1, lib. 1, cap. xxiii, pag. 27. La caza de los elefantes se hace de varios modos: en algunas partes les arman lazos y trampas, por cuyo medio caen en algun hoyo, de donde los sacan fácilmente despues que los han trabado bien. En otros se sirven de una hembra domesticada que esté en calor, la cual llevan á un lugar estrecho,

golpes fuera de sazón, y que se le den muestras de agradecer la buena voluntad con que emplea

donde la atan, y ella hace venir al macho con sus gritos. Cuando este llega, le encierran por medio de algunas barreras hechas de intento, las cuales cierran para impedirle la salida; y encontrando á la hembra tendida de espaldas, habita con ella contra el uso de las otras bestias. Despues procura retirarse; pero como va y viene en busca de salida, los cazadores que están sobre la muralla ó sobre algun otro lugar elevado, le echan cantidad de cuerdas pequeñas y gruesas, con algunas cadenas, por cuyo medio le enredan de tal suerte la trompa y lo restante del cuerpo, que se acercan despues á él sin peligro; y luego que han tomado algunas precauciones necesarias, se lo llevan en compañía de otros dos elefantes domesticados, que conducen de intento para darle ejemplo, ó para amenazarle si se rebela. Hay tambien otras trampas para coger los elefantes, y cada país tiene su método. *Relacion de un viaje por Thevenot*. Paris, 1664, tom. iii, pág. 131. Los habitantes de Ceilan abren hoyos muy profundos, que cubren con tablas mal unidas y cubiertas de paja, como tambien los huecos entre las tablas. Por la noche cuando los elefantes pasan por estos hoyos, caen en ellos y no pueden salir, de suerte que perecerian de hambre si no les llevasen de comer algunos esclavos. á cuya vista se acostumbran, y así se van amansando poco á poco, hasta que van con

sus fuerzas (1): su conductor va ordinariamente montado sobre su cuello, y se sirve de una

ellos á Goa y á los otros países vecinos para ganar su vida y la de sus amos. *Diversas memorias relativas á las Indias orientales*. primer discurso, tom. 11, pág. 257. *Colección de los viajes de la Compañía de la India*. Amst., 1714. Como los Europeos pagan bastante caros los colmillos de elefante, este es el motivo que arma continuamente á los Negros contra estos animales. Algunas veces se reunen para esta caza con sus flechas y azagayas; pero su método mas comun es el de los hoyos que abren en los bosques, cuyo arbitrio es tanto mas seguro quanto no pueden engañarse en el rastro de los elefantes... Los cogen de dos maneras: ó bien preparándoles hoyas cubiertas de ramas de árboles, en las cuales caen incautamente; ó en la caza, que se hace de esta suerte. En la isla de Ceilan, donde hay gran multitud de elefantes los que se ocupan en esta caza tienen elefantas que llaman *alias*. Cuando saben que hay en algun paraje de estos animales silvestres, van allá llevando consigo algunas *alias*, las cuales sueltan cuando descubren un macho: ellas se le acercan por ambos lados, y cogiéndole en medio, le retienen tan apretado que le es imposible escaparse. *Viaje de Oriente del P. Felipe de la santísima Trinidad*. Leon, 1669, pág. 361.

(1) He aquí lo que yo mismo he visto del elefante. Hay siempre en Goa algunos elefantes para servir á

vara de hierro que remata en garfio, ó está armada de una punta aguda, con la cual le pica en la cabeza allado de las orejas, para advertirle, desviarle ó hacerle apresurar el paso (1); pe-

la construccion de buques. Yo fui un dia á la ribera del rio, cerca del cual construian uno muy grande, en la misma ciudad, donde hay una gran plaza llena de maderos para este efecto: unos hombres ataban por la punta algunos de ellos muy pesados con una cuerda que arrojaban á un elefante, el cual llevándosela á la boca y dándola dos vueltas á la trompa, los arrastraba él solo, y sin ningun conductor, al lugar donde se construia el buque, el cual se le habia mostrado una sola vez: y aun los arrastraba tan gruesos, que veinte hombres, y acaso mas, no los hubieran podido mover. Pero lo mas notable que observé fue que cuando encontraba en su camino otros maderos que le impedian pasar el suyo, ponía el pie debajo de la punta, para que levantada en alto pudiese pasar fácilmente por encima de los otros. ¿Qué mas pudiera hacer el hombre mas racional del mundo? *Viaje del Oriente del P. Felipe de la santísima Trinidad*. Leon, 1669, pág. 367.

(1) El que guía al elefante monta sobre su pescuezo; no le conduce con brida ni freno, ni le pica con ningun género de espuelas, sino con una gruesa vara de hierro de punta muy aguzada, de la cual usa en vez de espuelas, y le sirve tambien de freno, picándole en las orejas, en el hocico y en las

ro regularmente bastan las palabras (1), sobre todo si ha tenido tiempo para conocer perfectamente á su conductor y para tener en él entera confianza. Su inclinacion llega á veces á ser tan fuerte y durable y su aficion tan profunda, que ordinariamente rehusa obedecer á ningun otro, y se le ha visto á veces morir de sentimiento por haber muerto á su conductor en un ímpetu de cólera (2).

La especie del elefante no deja de ser numerosa, aunque no produce mas que una vez y un solo hijo cada dos ó tres años. Quanto mas corta es la vida de los animales, tanto mas numerosa es su produccion. En el elefante la durpartes que sabe son mas sensibles. Este hierro, que mataría á cualquier otro animal, apenas hace impresion en la piel del elefante, y aun á las veces cuando está furioso, no basta para contenerle y gobernarle. *Viaje de Pedro della Valle*, tom. iv, pág. 247. Dos oficiales montados uno sobre la grupa y otro sobre el cuello, gobiernan al elefante con un gran garfio de hierro. *Primer viaje del P. Tachard*, pág. 273.

(1) «Non freno aut habenis, aut aliis vinculis regitur bellua, sed insidentis voci obsequitur.» Vartomann apud Gesnerum, cap. *De elephanto*.

(2) «Quidam iracundia permotus cum sesorem suum occidisset, tam valde desideravit, ut pænitudine et mœrore confectus obierit.» Arianus in Indis.

racion de la vida compensa el corto número; y si es cierto, como aseguran, que vive dos siglos y que engendra hasta la edad de ciento y veinte años, cada par debe de producir cuarenta hijos en este espacio de tiempo. Además, como no tienen nada que temer por parte de los demas animales, y no los cogen los hombres sin mucho trabajo, la especie se sostiene y se halla generalmente esparcida en todos los países meridionales de Africa y Asia: así que se encuentran muchos en Ceilan (1), en el Mogol (2), en Ben-

(1) Hay gran número de elefantes en Ceilan, cuyos colmillos valen mucho á sus habitantes, y de ellos hacen un gran tráfico. *Viaje de Francisco Py-rard*, tom. ii, pág. 151. Hay gran cantidad de elefantes en la India, cuya mayor parte fueron trasportados allí de la isla de Ceilan. *Viaje de la Boulaye-le-Gouz*. Paris, 1657, pág. 250. Hay varias suertes de elefantes en Deli, como tambien en lo restante de la India; pero los de Ceilan son preferidos á todos los demas. *Relacion de un viaje*, por Thevenot, tom. iii, pág. 131. Hay gran cantidad de elefantes en la isla de Ceilan, los cuales son mas generosos y nobles que los demas. *Viaje de Oriente del P. Felipe*, pág. 361. Véase tambien la *Coleccion de los viajes que han servido para el establecimiento de la Compañía de las Indias de Holanda: los Viajes de Tavernier*. Ruan, 1713 tom. iii, pág. 237.

(2) *Viaje de Francisco Bernier al Mogol*. Amst.,

gala (1), en Siam (2), en el Pegú (3) y en todas las demas partes de la India. Asimismo los hay y quizás en mayor número en todas las provincias del Africa meridional, á escepcion de algunos distritos que abandonaron porque los hombres los han ocupado enteramente. Son fieles á su patria y amantes de su clima, pues aunque pueden vivir en las regiones templadas, parece que nunca han intentado establecerse en ellas ni aun viajar, motivo por el cual antiguamente eran desconocidos en nuestros países. Me

1710, tom. II, pág. 64. *Viaje de Feynes á la China*. Paris, 1630, pág. 88. *Relacion de un viaje*, por Thevenot, tom. III, pág. 131. *Viaje de Eduardo Ferri á las Indias orientales*, pág. 15 y 16.

(1) El pais de Bengala es muy abundante en elefantes, y de allí los conducen á los demas parajes de la India. *Viaje de Francisco Pyrard*. Paris, 1619, tomo I, pág. 353.

(2) Mr. Constance me dijo que el Rey de Siam tenia veinte mil elefantes en todo su reino, sin contar los silvestres que están en los bosques y en los montes. A veces cogen hasta cincuenta, sesenta y aun ochenta en una sola cacería. *Primer viaje del P. Tachard*, pág. 288.

(3) *Coleccion de los viajes de la Compañia de la India*. Amst., 1711. *Viaje de Van-den-Hagen*, tom. III, pág. 40 hasta 60.

parece que Homero que habla del márfil (1), no conoció sin embargo al animal que le produce; y que Alejandro fue el primero (2) que mostró el elefante á Europa. Aquel príncipe hizo pasar á Grecia los que habia ganado á Poro, y quizás fueron estos los mismos que Pirro muchos años despues empleó contra los Romanos en la guerra de Tarento, y con los cuales Curio triunfó en Roma (3). Despues Anibal los llevó de Africa, les hizo pasar el Mediterráneo y los Alpes, y los condujo, por decirlo así, hasta las puertas de Roma.

Desde tiempo inmemorial los Indios se han servido del elefante en la guerra (4). Entre aquellas naciones mal disciplinadas era esta la mejor tropa del ejército, y tanto, que mientras se peleó con solo el hierro, era la que ordinaria-

(1) Herodoto es el autor mas antiguo que dijo que el márfil era la materia de los colmillos del elefante. Véase Plin., *Hist. nat.*, lib. VIII, cap. III.

(2) «Elephantes ex Europæis primus Alexander habuit, cum subegisset Porum.» Pausanias in *Atticis*.

(3) «Annius Curius dentatus, victo Pyrrho, primus in triumpho elephantum duxit.» Seneca, *De brevitate vitæ*, cap. XIII.

(4) Desde tiempo inmemorial, los reyes de Ceilan, del Pegú y de Arakan se han servido de elefantes en la guerra. Ataban espadas desnudas á sus

mente decidia la suerte de las batallas. Sin embargo, se ve por la historia que los Griegos y los Romanos se acostumbraron en breve á estos monstruos de guerra; que abrian las filas para dejarlos pasar, y no tiraban á herirlos, sino que disparaban sus dardos contra los conductores, quienes se daban prisa á rendirse y á sosegar los elefantes cuando estaban separados del resto de sus tropas: y en la actualidad que el fuego se ha hecho el elemento de la guerra y el principal instrumento de la muerte, los elefantes, que temen (1) su ruido y llama, serian mas pe-

trompas, y les ponian sobre el lomo torres pequeñas de madera, que contenian cinco ó seis hombres armados de dardos, de fusiles y de otras armas: ellos contribuian mucho á desordenar las ejércitos enemigos, pero se espantaban fácilmente en viendo fuego. *Coleccion de los viajes de la Compañia de la India.* Amst., 1711, tom. VII. *Viaje de Schouten*, pág. 32.

(1) El elefante teme sobre todo el fuego; por lo que desde que se usan las armas de fuego en los ejércitos, los elefantes de casi nada sirven. A la verdad se hallan algunos tan bravos que traen de la isla de Ceilan, que no son tan medrosos; pero esto no es sino en fuerza de haberlos acostumbrado, disparándoles todos los dias fusilazos, y arrojándoles cohetes de papel entre las piernas. *Viaje de Francisco Bernier.* Amst., 1710, tom. II, pág. 65.

ligrosos y causarían mas embarazo que utilidad en nuestros combates. Los reyes de la India hacen aun armar elefantes de guerra, pero esto es mas bien por ostentacion que para el efecto; y sin embargo, sacan de estos animales la utilidad que se saca de todo guerrero, esto es, de esclavizar con ellos á sus semejantes, pues sirven para domar á los elefantes silvestres. El mas poderoso de los monarcas de la India no tiene en el día doscientos elefantes de guerra (1), pero tienen otros muchos para su servicio, y para llevar las grandes jaulas de celosía en que hacen viajar á sus mugeres. El elefante es una cabalgadura muy segura, porque nunca tropieza; pero no es de paso cómodo, y se necesita tiempo para acostumbrarse á su movimiento violento, y al balanceo continuo que ocasiona. El mejor puesto es sobre el cuello, donde el tranqueo

(1) Hay pocos en la India que tengan elefantes: ni aun los grandes señores tienen gran número de ellos; y el gran Mogol no mantiene mas de quinientos para su casa, asi para llevar á sus mugeres en sus micmembers de celosias, que son á modo de jaulas, como para los bagajes; y me han asegurado que no tiene mas de doscientos para la guerra, parte de los cuales se emplean en conducir los cañones pequeños de artillería montados en sus cureñas. *Relacion de un viaje*, por Thevenot, tom. III, pág. 132.

es menos fuerte que en las espaldas, lomo ó grupa; pero cuando se trata de alguna expedición de caza ó de guerra, montan muchos hombres en cada elefante (1). El conductor monta á horcajadas sobre el cuello, y los cazadores ó los soldados van sentados ó en pie sobre las demas partes del cuerpo.

En los dichosos países donde nuestros cañones y artes homicidas no están sino imperfectamente conocidos, todavía se combate con elefantes (2):

(1) De todos los animales, estos son los de mayor utilidad en la guerra, porque se colocan muy cómodamente sobre ellos cuatro hombres, que pueden fácilmente servirse del fusil, del arco y de la lanza. *Coleccion de los viajes de la Compañia de las Indias holandesas. Segundo viaje de Van-der-Hagen, tom. II, pág. 53.*

(2) Cuando los elefantes son conducidos á la guerra, sirven para dos diferentes funciones: porque ó les cargan una pequeña torre de madera, desde cuya altura pelean algunos soldados; ó les atan espaldas á las trompas con cadenas de hierro, y los sueltan así contra el ejército enemigo, al cual acometen con valor, y le harian pedazos indubitablemente si no los rechazasen con lanzas que despiden fuego, porque sabiéndose que este ahuyenta los elefantes, le ponen artificial al extremo de las lanzas, para hacerlos huir. *Viaje de Oriente, por el P. Felipe, página 367.*

en Cochin y en lo restante de Malabar (1) no se sirven de caballos, y todos los que no pelean á pie van montados en aquellos brutos. Lo propio sucede con corta diferencia en Tunquin (2), en Siam (3) y en el Pegú, donde el rey y todos los grandes señores nunca montan sino en elefantes, y los días festivos van precedidos y seguidos de numerosa comitiva de estos animales ricamente ataviados con láminas brillantes de metal y cubiertos de telas muy ricas. Adornan sus colmillos con sortijas de oro y de plata (4); les

(1) En Cochin ni tampoco en lo restante del Malabar, no se sirven de la caballería para la guerra: los que no han de pelear á pie van montados en elefantes, de los cuales hay gran número en las montañas, y esos son los mayores de la India. *Relacion de un viaje, por Thevenot, tom. III, pág. 261.*

(2) En el reino de Tunquin las señoras de distincion montan ordinariamente en elefantes, que son en extremo altos y gruesos, y llevan encima, sin peligro, una torre con seis hombres dentro, y otro que va montado en el cuello. *Il Genio vagante del conte Aurelio degli anzi. Parma, 1691, tom. I, página. 282.*

(3) Véase el *Diario del viaje del abad de Choissy. Amst., 1687, pág. 242.*

(4) Hemos visto elefantes cuyos colmillos son de una belleza y magnitud admirables; á algunos les sa-